



Mireya de la Rosa es una de las parranderas más longevas del barrio La Loma, en Buena Vista. (Foto: Félix A. Correa)

Guardiana de una tradición

Al hablar sobre las Parrandas de Buena Vista, los ojos de Mireya de la Rosa Acosta brillan con una luz especial.



Un Unicornio para la Reina, carroza de su amigo Roberto Hernández (Coco), es para Mireya una de las obras más memorables de su barrio. (Foto: Félix A. Correa)



Las carrozas de temática china son las favoritas de Mireya, como la presentada por La Loma en 2023. (Foto: Del perfil Nos Vamos de Parrandas)

Por Félix A. Correa Álvarez

Buena Vista es un pueblo escondido en la geografía villaclareña que posee una de las tradiciones más hermosas de Cuba: las Parrandas, declaradas Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). Cada año, el segundo sábado de noviembre, el pueblo se divide mediante una línea llamada «raya», imaginaria para los visitantes, pero visible para los lugareños, en dos barrios, La Loma y La Sierra, que disputan el triunfo en carrozas, fuegos artificiales y congas.

No es casual que las Parrandas de Buena Vista hayan recibido el Premio Memoria Viva en 2020, otorgado por el Instituto Cubano de Investigación Cultural (ICIC) Juan Marinello. Este reconocimiento es un homenaje a la dedicación de los parranderos, muchos de los cuales peinan canas y guardan en sus memorias los recuerdos de una vida entregada a esta bicentenaria tradición en el pueblo, que no solo son una celebración, constituyen una forma de vida que une a generaciones y fortalece la identidad cultural de la comunidad.

Mireya de la Rosa Acosta es una de esas guardianas de la tradición. Con orgullo me cuenta anécdotas de su breve estancia en Pitajones, en las montañas del Escambray, durante la lucha contra bandidos, así como sus vivencias en El Mirador, un famoso complejo gastronómico del que fue fundadora y, para muchos, una de las mejores cocineras que ha pasado por allí. Sin embargo, es al hablar de las parrandas cuando sus ojos brillan con una luz especial.

Mireya vivía junto a su esposo y sus seis hijos en un asentamiento rural llamado Dos Sierras. A finales de los años 60, un accidente en un pozo de la mina de asfaltita, cercano a su hogar, obligó a la familia a reubicarse por razones de seguridad en una vivienda de Buena Vista, que había sido una tabaquería nacionalizada tras el triunfo revolucionario de 1959. Fue así como Mireya llegó a este pueblo y conoció las parrandas, y de manera irónica, se identificó más con La Loma que con La Sierra, un barrio cuyo nombre se deriva de las alturas donde nació en 1937: las lomas de Dos Sierras, en el Bamburanao remediano.

—¿Al mudarte a Buena Vista fue cuando comenzaste a vincularte a la parranda?

—Sí. Cuando me mudé a Buena Vista, los antiguos dueños de la tabaquería nos recibieron no solo como vecinos, sino como familia. Armando Moreno e Inocencia Torres, ambos del barrio La Loma, eran muy reconocidos por su colaboración con las parrandas de aquella época, y creo que eso influyó mucho en mi decisión de convertirme también en lomera.

«Nunca había asistido a una, así que decidí esperar a ver la primera antes de escoger un barrio, pero fue La Loma el que



Mireya, ya octogenaria, en el área de fuego de La Loma. (Foto: Félix A. Correa)

me conquistó: su gente, humilde como yo, personas que defendían con pasión su color rojo, al igual que el barrio oponente defendía el suyo. Eran tiempos hermosos, donde se vivían las parrandas con mucha euforia.

«Desde entonces, soy lomera. Para quienes no conocen esta tradición, es difícil de entender, pero se trata de un sentimiento que se lleva dentro. Es una forma de pertenencia, una identidad que se comparte y se protege, porque ser parrandero es lo mismo que formar parte de algo más grande, un legado que nos une con el pasado y que debemos transmitir al futuro».

—¿Cómo recuerdas aquellos primeros años?

—Eran tiempos muy lindos. Las parrandas se sostenían económicamente gracias a las colectas públicas y todo tipo de iniciativas de los barrios. Todos los fines de semana previos a la celebración se organizaban changües, fruto del esfuerzo de los parciales. Se sacaban pequeñas carrozas que se confeccionaban en secreto total hasta el día de pasearlas.

«El pueblo contaba con su propia pirotecnia para desarrollar los fuegos artificiales. En casa de Armando teníamos una mesa grande que cada noche sacábamos al portal, donde hacíamos cientos y cientos de casquillos para los voladores. Así pasaban nuestras noches durante muchos meses antes de las parrandas. Recuerdo con mucho cariño a un matrimonio de Vueltas, un pueblo parrandero vecino: Perico y Zenaida, quienes venían a trabajar con nosotros en la pirotecnia. También tuve la oportunidad de conocer al ya desaparecido locutor Pastor Felipe.

«Aquí, en el pueblo, se elaboraba todo: el vestuario, la ambientación de las carro-

zas, los atrezos, todo... Con el tiempo, las personas fueron adquiriendo habilidades en cada una de las especialidades que las componían. Aquello era un verdadero movimiento que duraba todo el año; aunque la celebración en sí fuese solo un día».

—¿Cuéntame cómo conociste al icónico locutor Pastor Felipe.

—Fue en los años 70. Nuestro barrio tenía una carroza veneciana, no recuerdo ahora el nombre, y para mi sorpresa, el inolvidable Pastor Felipe vino a narrarla en vivo. Estuvo en mi casa, y, al verlo entrar, quedé muda. Me impresionó mucho que una personalidad como él, a quien admiraba de la radio y la televisión, a quien vi en las aventuras *El León de Damasco* y que nos enamoró con su voz, estuviese frente a mí y en mi hogar. Recuerdo con orgullo aquel encuentro.

«Cuando la carroza comenzó a avanzar y se escuchó aquella voz imponente, el pueblo se paralizó. Cierro los ojos y recuerdo los aplausos, las ovaciones, la canción *Venecia sin ti*, que acompañó el paseo: «Qué profunda emoción recordar el ayer, / cuando todo en Venecia me hablaba de amor» (canta)... Nuestro barrio arrasó aquel año con esa iniciativa que nadie se esperaba».

—Veo que tienes muchas historias que contar...

—Muchísimas. Figúrate que una de las anécdotas más graciosas de las parrandas tiene como protagonistas al menor de mis hijos y a mí. Fue en la famosa de España y Olé —nombre de la carroza—, pero no puedo contarla (se ríe).

«Una historia que sí me gustaría compartir es más reciente, aunque creo que ya han pasado unos 20 años. Aquí los barrios compiten durante todo el día de celebración, en diferentes momentos conocidos como «saludos». El de las cinco de la tarde es uno de los fundamentales y el que más le gusta a la gente. Aquel año hubo problemas con el fuego —la pirotecnia— y minutos antes de salir, el barrio no contaba con un volador.

«Debido a que mi casa se convirtió en un punto de encuentro y reunión ese día, no podía salir al portal porque tanto lomeros como sierritas me decían: «Mireya, ¿y el fuego qué?», como si yo fuera la presidenta del barrio.

«Aquello me fue alterando y ya no respondía de buena gana; llegó un punto en el que me encerré en la casa a llorar porque la

derrota era inminente. No obstante, sequé mis lágrimas y, junto a todo mi barrio, salimos para la raya, sin fuego en el cielo, pero con orgullo y valentía. Esa es la parranda, eso es ser parrandero».

—¿Se ha mantenido siempre esta tradición en el pueblo?

—Creo que fue a finales de la década de los 70 cuando se suspendieron en Buena Vista, debido a dos lamentables sucesos que conmocionaron a todo el pueblo: dos accidentes pirotécnicos. La pirotecnia requiere mucho cuidado en su manejo para evitar accidentes, y se ha avanzado mucho en ese aspecto actualmente. Antes se hacían muchas locuras; te lo dice alguien que guardó cascadas —elemento pirotécnico— en su casa.

«En los 90, los barrios comenzaron a desarrollar iniciativas que permitieron que renaciera la tradición y la competencia entre ellos. Con los nuevos tiempos llegaron otras formas de hacer las parrandas, pero la pasión seguía siendo la misma. Esas carrozas de finales de esa década e inicios de los 2000 fueron inolvidables para ambos barrios. Con nosotros regresó Roberto Hernández (Coco), uno de los mayores exponentes del arte carrocerero en Cuba y mi amigo. Él me tenía mucha confianza, me contaba a mí lo que a nadie más, y mi casa era su casa, la de él y la de todos los lomeros. Figúrate que la carroza se arma justo frente a nosotros, así que, como te comentaba, se convierte en una especie de cuartel general para el barrio».

—Con sus 87 años, ¿sigue haciendo Parranda?

—Ese día en mi casa no hay quien entre, pues se llena de globos, banderines, estandartes... de todo lo que haya que guardar. La disfruto mucho, y siempre que tengo ánimo, echo mi pasillito con la conga, aunque ya me da miedo ir a la raya.

«Yo estuve hasta el otro día, como quien dice, en el área de fuego. Por muchos años era quien alcanzaba las palometas —elemento pirotécnico— a uno de mis hijos para que las lanzara. Ya octogenaria, y contra la voluntad de mi familia, me escapaba al área de fuego.

«Ya no tengo la misma fuerza física ni emocional; los golpes de la vida han sido muchos. Pero a mi barrio lo seguiré ayudando mientras viva. ¡Aquí hay Mireya para rato!».